

EL BARCO



DE VAPOR

La hija del Espantapájaros

María Gripe



Loella, una chica de doce años, tiene como mejor amigo a Papá Pelerín, el espantapájaros. Su madre está siempre de viaje y su padre simplemente no existe. A la cabaña del bosque llega una carta que cambiará la vida de Loella para siempre. ¿Qué destino le aguarda? ¿Encontrará lo que lleva tanto tiempo buscando? Un libro en el que se pone de manifiesto el valor de la amistad en la superación de las dificultades.

Capítulo 1

LOS dedos de Loella estaban rojos de frío. A cada rato tenía que dejar la cesta en el suelo para frotárselos y calentarlos un poco.

No era fácil descubrir las setas entre tantas hojas. Y más, ahora que estaba terminando el otoño y apenas si quedaban. Aunque rebuscó obstinadamente, encontró sólo un puñado.

Se iba haciendo de noche y las sombras crecían, cada vez más oscuras, entre los árboles. Era un paisaje triste. Las hojas ya no brillaban como antes y no eran ni amarillas. Se estaban volviendo marrones.

La lluvia caía lenta y pesadamente. Noviembre.

Se incorporó ciñéndose la chaqueta para abrigarse mejor. En el fondo de la cesta había sólo unas pocas setas empapadas. No eran suficientes y aguzó la vista buscando más. Tal vez... algo más allá...

No, eran piedras húmedas. Pero allí... sí, allí había setas. No muchas, pero algo es algo. Ahora tenía que recoger leña para el fuego.

Se estaba haciendo de noche muy de prisa. Y la lluvia seguía cayendo.

Su pelo chorreaba. Se lo apartó de la cara con un movimiento impaciente. Le caía sobre los ojos cada vez que se inclinaba. Lo tenía muy largo, espeso y negro. Y era cierto, como decían, que se enroscaba como serpientes sobre su espalda.

Oh, sí... Sabía perfectamente lo que decía de ella la gente del pueblo. Pero no la molestaba. Que gritaran ¡Ma-

los Pelos!, a su paso, si les apetecía. Nadie conseguiría hacerla enfadar.

Después de todo, Malos Pelos no era un apodo estúpido. Sonaba a algo peligroso, que daba miedo, y eso le gustaba. No le preocupaba en absoluto que los demás no quisieran nada con ella. Mejor, así los mantenía a distancia.

Ella tampoco los podía aguantar. En algo, al menos, estaban de acuerdo. No eran más que una banda de viejos locos y santurriones, lo sabía perfectamente.

Y tampoco ignoraba que su carácter era terrible. ¡Pero qué remedio! No conviene ser demasiado blanda cuando una vive sola en el bosque con dos hermanitos que cuidar. Su carácter fuerte le ayudaba a combatir las penas y las dificultades. De repente despedía fuego y azufre... y así ahuyentaba las calamidades. Luego todo marchaba bien de nuevo.

Ese día, especialmente, una buena tormenta se preparaba en su interior. Sus ojos echaban chispas y tenía el ceño fruncido. Con una especie de furia lunática recogía ramas secas del suelo y las iba echando en un montón.

Después se detuvo un momento para remangarse la chaqueta: Era de su madre, de color verde, y a Loella le quedaba tan grande como un abrigo.

Miró desafiante a la oscuridad, entre los abetos. La lluvia trazaba líneas paralelas en el aire.

«El primero de noviembre», dijo de repente en voz alta. Arrugó aún más el ceño y sus ojos se pusieron tan negros como dos motas de hollín. Mamá había dicho octubre. Había prometido volver para octubre, a más tardar, seguro...

Su cólera estalló. Llevaba un collar largo, de cuentas rojas, que su madre le había dado. Se lo arrancó de un tirón y con él azotó el aire produciendo un sonido silbante.

—¡Es una vergüenza! ¡Un engaño! —gritó dando una furiosa patada al montón de leña. Sus ojos centelleaban.

—¡Estas cosas tan feas no se hacen...!

Pronto se calmó. Un momento antes estaba pálida y helada. Ahora sus mejillas se habían puesto encarnadas, sentía calor en todo el cuerpo y rebosaba energía, como si una pequeña máquina hubiera recargado sus baterías.

Se frotó la nariz enérgicamente con la manga del jersey y farfulló, dirigiéndose a sí misma con tono de reprimenda:

—¡Luna negra, flor venenosa, nido de culebras...! ¡Castigo para Loella por hablar así! ¡Castigo!

Luna negra, flor venenosa, nido de culebras: eran las palabras misteriosas que usaba siempre que las cosas iban mal. Las cambiaba, las entrelazaba como una especie de fórmula mágica para conjurar la mala suerte.

Cuando estaba contenta usaba otras distintas: «Luna blanca, flor perfumada, nido de pájaros...». Eran su manera de decir «gracias» a los poderes benéficos y un ruego para que no la olvidaran. Pero hacía mucho tiempo que no las usaba. Se sentía abandonada porque su madre nunca volvía y ni siquiera escribía. Era terrible pensar que estaba en alta mar, en medio de las tormentas del otoño y la oscuridad del invierno. Podía pasarle alguna desgracia. Siempre estaba preocupada por mamá.

Era casi un alivio convertir su inquietud en rabia, como acababa de hacer. Se liberaba de ella, al menos por un rato.

Volvió a ponerse el reluciente collar. ¡Quedaba tan bonito sobre el jersey verde! Era un collar precioso. Podía decir que sus cuentas eran de coral auténtico, según le explicó mamá en una carta, porque tenían exactamente el mismo color, aunque en realidad eran de plástico. Pero a ella no le importaba que fueran o no de coral. ¿Qué más daba?

Debía darse prisa. Ató las ramas con una cuerda, se las echó a la espalda y cogió la cesta con las setas. Entonces empezó a andar rápidamente. Era casi de noche y la lluvia no dejaba de caer.

Ya podía ver la cabaña, allá en el claro, pequeña, gris, agrietada.

Se quedó paralizada en su sitio, con el corazón en la garganta. ¿Qué pasaba?

Había luz en la ventana. ¿Quién sería? Estaba segura de no haber dejado ninguna luz encendida al salir. Ni la lámpara de aceite ni el fuego. Sus hermanitos dormían.

Sintió un estremecimiento de angustia. Echó a andar de nuevo a toda velocidad. Los había dejado solos demasiado tiempo.

¿Pero quién habría encendido la luz?

La llave estaba en la cerradura y ella solía dejarla en una rendija, sobre la puerta. Alguien había estado allí.

Tiró el atado de ramas al suelo y abrió la puerta.

—¡Oh, tía Adina! ¡Eres tú!

—¿Y quién querías que fuera, pequeña?

—No sé... Como dijiste que no podrías venir hasta el sábado porque esperabas visitas... ¿No han ido?

Loella paseó la mirada por la habitación y sus ojos brillaron. Un buen fuego chisporroteaba en la cocina y la lámpara estaba encendida. Olía muy bien.

—Tortitas —dijo, husmeando el aire.

—Sí, llegas a punto. No, por fin mis amigos no fueron a verme. Telefonaron diciendo que con esta lluvia preferían no salir. Y pensé que lo mejor que podía hacer era pasar un rato con mis pequeños.

Y tía Adina se sentó en el sofá para darles sus tortitas a Rudolph y a Conrad.

* * *

TÍA Adina vivía con su marido, David, en una casa pequeña cerca del lago. David Pettersson era un anciano poco hablador. En eso no se parecía a su mujer, desde luego. Se ganaba la vida ayudando a los granjeros del pueblo en el campo, durante el verano, y en el bosque, cuando llegaba el invierno. Un trabajo pesado que le proporcionaba lo

suficiente para vivir, teniendo en cuenta que sólo eran él y su mujer.

Tía Adina y Loella no siempre se habían llevado bien. Ni mucho menos. Aún recordaban el día en que Loella soltó un ratón en la capilla, justo en medio de una ceremonia de boda. Adina se puso furiosa, y rápida como el rayo la echó fuera a escobazos.

Por entonces Adina perdió el reloj de su padre en el bosque. Loella lo encontró y fue corriendo a llevárselo, toda sonrisas y amabilidad. Desde ese día se hicieron grandes amigas. Tía Adina siempre llevaba cestas llenas de comida a la cabaña, cosía y remendaba la ropa de los niños; pero la gente no paraba de comentar cómo era posible que Adina Pettersson pudiera llevarse bien con Malos Pellos, esa chica tan rara que casi nunca se dejaba ver en el pueblo y no hablaba con nadie.

Rudolph y Conrad abrían la boca golosamente mientras tía Adina les iba dando trozos de tortita. Sus oscuras cabezas rizadas y sus ojos redondos, de un color azul profundo, les daban el aire de pajaritos recién nacidos.

—Ya no hay muchas setas en el bosque —dijo Loella.

—Me imagino. Pero no te preocupes. Tenéis comida para varios días. Sólo necesitas calentarla. Mejor que gastes primero las albóndigas. El jamón, como está curado, se conserva más tiempo. Bueno... como te parezca. El pan que hice ayer lo dejé demasiado en el horno. Y los bollos. Pero están ricos de todos modos. Ya verás.

Loella estaba sentada a la mesa y asintió con la boca llena. Tía Adina continuó hablando.

—¿Has ido al pueblo desde la última vez que nos vimos?

Loella meneó la cabeza.

—Entonces sigues sin noticias de tu madre, supongo.

—Sí.

Tía Adina ayudó a Rudolph a beber de su vasito. Se quedó pensativa.

—Esta mañana fui a correos y pregunté si había alguna carta para ti, pero no había ninguna. Y si tu madre no escribe, será porque está de camino. Es lo que suele pasar.

—Siempre escribe antes de volver.

—Sí, ya sé, pero... estamos casi en noviembre, así que...

Se quedó callada y le limpió la boca a Conrad. El niño se apoyó en el rollizo brazo de tía Adina y eructó satisfecho.

—No quero come más... Esto lleno —dijo con su media lengua.

—Lleno... lleno de totitas... —rió Rudolph trepando a las rodillas de Adina. Conrad hizo lo mismo.

—Are caballito... Are caballito... ¡Cántalo!

Tía Adina cantó: Arre caballito, vamos a Belén, que mañana es fiesta y al otro también.

Tenía que cantarlo varias veces para que los niños se quedaran conformes. Pero ya se metían los pulgares en la boca y los ojos se les caían de sueño.

La canción de tía Adina tenía una cadencia suave y monótona que nunca cambiaba. Y no es extraño, porque en toda su vida no había cantado más que himnos y nanas.

Se levantó, puso a Rudolph y Conrad en el suelo con mucho cuidado, sacó dos cajones del gran armario y los colocó uno junto a otro. En ellos estaban preparadas dos camitas. Lavó a los niños minuciosamente y los acostó. En seguida se durmieron.

Mientras tanto Loella recogió la mesa y lavó los platos.

En el gran fogón encalado aún ardían unos carbones. Sopló sobre ellos y calentó café para tía Adina.

Luego se sentaron a la mesa, bajo la luz circular de la lámpara. Tía Adina bebió su café a sorbitos lentos, saboreándolo en silencio y con la mirada perdida en un punto lejano. Loella apoyó la cabeza en las manos con expresión soñadora; la misma que tenía siempre después de comer las tortitas de tía Adina.

Tía Adina dejó la taza. En su pequeña y redonda barbilla había un gesto de determinación cuando rompió el silencio.

—Esto no puede seguir así, pequeña —dijo con tono preocupado—. He oído decir que las autoridades de la escuela están dispuestas a dar la batalla otra vez. Cualquier día de éstos aparecerán por aquí.

Loella apretó el puño y golpeó la mesa con súbita furia.

—Deben estar tontos. Sé leer y escribir. Y también sé aritmética, más de lo que esos cabezotas creen.

—Vamos, vamos... —dijo tía Adina suavemente—. Hay que aprender más cosas. Ya tienes doce años.

—Precisamente: soy demasiado mayor para ir a la escuela.

—No, cariño... Cada vez hay más cosas que aprender.

—Bobadas que no sirven para nada.

—No, no... No debes hablar así...

Tía Adina hizo un gesto con la cabeza, preocupada, y su voluminoso moño se balanceó.

—Estoy de acuerdo contigo en que esa gente hace cosas extrañas. Por ejemplo, lo poco que se ocupan de enseñar los salmos. ¡Y no hablemos del catecismo! No sé adonde iremos a parar. En mis tiempos...

—Claro, es lo que yo digo: son unos zoquetes.

Loella descargó su puño sobre la mesa.

—¿Qué quieren? ¿Que nos pasemos la vida en el colegio? ¡Bonito plan!

Tía Adina no contestó. Tenía hilo y aguja en la mano y zurcía unos pantaloncitos. De vez en cuando miraba a Loella por encima de sus gafas. Suspiró y luego dijo gravemente:

—¿Has estudiado los versículos?

Loella asintió con la cabeza.

—A ver...

Loella, obediente, recitó un himno tras otro sin vacilar. Tía Adina dejó su labor y unió las manos, mientras sus la-

bios, devotamente y en silencio, articulaban las archisabidas palabras.

Luego pidió a la niña que repitiera los Diez Mandamientos, lo que ella hizo con la misma seguridad. Tía Adina estaba triunfante.

—Si vienen y te preguntan sobre estas cosas, los dejarás con la boca abierta —dijo, pero añadió suspirando—. Aunque puede que no se preocupen de las Escrituras, porque son un montón de paganos. Tienen otras ideas, por desgracia.

—Sus ideas me importan un comino —dijo Loella— y se van a enterar en seguida.

Tía Adina volvió a suspirar.

—Es fácil decirlo, pero ellos tienen la ley de su parte.

—¿Y qué? Yo te tengo a ti de mi parte. No se van a salir con la suya...

—¿Y qué ayuda puedo ser yo? Una vieja tonta...

—La única persona sensata en todo el mundo. Tendrán que metérselo en la cabeza, quieran o no.

Tía Adina había terminado el remiendo. Dobló con cariño las ropitas y se incorporó, apoyándose pesadamente en la mesa. La lámpara iluminaba sus gruesas y rojas manos, pero su cara quedaba en la sombra. Su voz sonó algo ronca cuando dijo:

—Hazme caso y vente con nosotros la semana próxima, querida... No tengas miedo de David. Mi marido es muy bueno, aunque parezca que se le ha comido la lengua el gato y no tenga tantas ideas como yo.

Miró a Loella, que permanecía quieta.

—En el desván hay dos bonitas camas para los niños —continuó suplicante—. Hace mucho tiempo que esos cajones se les han quedado pequeños. Tendréis una habitación para vosotros solos. Será estupendo. Ni te imaginas lo bien que estaremos.

Loella también se puso de pie y se quedó quieta en el círculo de luz de la lámpara. Estaba pálida y sacudió violen-

tamente la cabeza.

—Si mamá viene y no nos encuentra se quedará muerta en el sitio.

Tía Adina no pudo contenerse y refunfuñó:

—Si es que no se ha muerto ya... —pero en seguida añadió en tono más tranquilo—: Quiero decir que ella debe comprender que no podéis seguir viviendo solos aquí. Creo que le gustará mi idea. Además, todos sabrán dónde encontrarte. Se lo dirán en cuanto llegue, no te preocupes. Y ella vendrá a buscaros. Así tú podrías ir a la escuela y nos ahorraríamos muchos disgustos.

Loella miró a la luz y no contestó.

—Ahora tengo que irme, pequeña, antes de que la noche se ponga más oscura que la boca de un lobo... Pero deberías hacer lo que te digo. Piénsalo, al menos por los niños.

Se puso las botas de goma, el abrigo, y, ya a punto de marcharse, en la puerta, dio un rápido abrazo a Loella.

—Piénsalo.

—Sí.

Había dejado de llover, pero soplaba un fuerte viento. Vieron cómo las nubes se perseguían unas a otras sobre una luna inmóvil.

—He puesto en la despensa un poco de mantequilla, un bote de miel y unas cuantas cosas más. Bueno, ya lo verás tú misma... —exclamó tía Adina antes de desaparecer en el viento.

Loella se quedó todavía un momento mirándola, hasta que su silueta se desvaneció como una sombra entre todas las que poblaban el bosque.

Respiró profundamente y elevó la vista al cielo...

Luna, viento, soledad sobre la cabaña; como siempre. Se refugió en el calor de la casa y cerró la puerta. No tenía miedo; pero sí el sentimiento de algo solemne.

Se acercó a la ventana y permaneció allí, de pie. La luna la miraba, secreta, curiosa. Ella también la miró, maravilla-

da. La luz de la luna...

Un búho chilló. Una y otra vez el búho chilló.

Capítulo 2

UN viejecito vivía en el bosque, aún más lejos que Loella; se llamaba Fredrik Olsson. Tenía unos noventa años y no le gustaba la gente, o al menos eso se decía. Quizás no fuera tan malo como también se decía; pero lo cierto es que prefería estar solo. Hablar consigo mismo y no con los demás. Es lo que le suele ocurrir a la gente que ha vivido sola siempre.

Cuando se encontraba con alguien, hacía como que no lo veía; y si alguien subía hasta su pequeña cabaña, tenía la habilidad de desaparecer como por arte de magia. Conseguir hablar con Fredrik Olsson era prácticamente imposible.

Y no es que le pasara nada extraño. Al contrario, tenía una salud excelente y era tan ágil como un muchacho de veinte años. Trabajaba en el bosque y todos los días iba al pueblo a comprar el periódico y la leche. Al mismo tiempo pasaba por el correo para recoger las cartas de Loella, si es que tenía alguna. Era muy servicial, siempre y cuando no tuviera que hablar con nadie.

Por esa razón no llevaba el correo a casa de Loella. Prefería dejárselo a Papá Pelerín.

Cerca de la cabaña de Loella había un claro bastante grande cubierto de matas de frambuesas. En verano, sus ramas se cargaban de las frambuesas más gordas y dulces. Para protegerlas —no tanto de los pájaros como de la gente— Loella había plantado un espantapájaros justo en el centro del matorral.

Había encontrado un montón de ropa vieja de hombre en la buhardilla, la que su padre usaba cuando aún vivía

con ellos. Pensando que debían servir para algo, tuvo la idea del espantapájaros o el espantagente, como ella lo llamaba. Se ocupaba mucho de él. De vez en cuando le cambiaba la ropa y procuraba remendar aquellos andrajos lo mejor que podía.

Lo llamaba en secreto Papá Pelerín. ¿Por qué precisamente Pelerín? No se sabía. El apellido de su padre era Persson, el de su madre, Nilsson; pero a ella le gustaba llamarse a sí misma Loella Pelerín, simplemente porque le sonaba bien.

A veces Papá Pelerín llevaba una chaqueta marrón y pantalones a juego; otras, un abrigo entallado. Y aunque tenía una colección de sombreros, casi siempre llevaba uno de ala muy ancha. También tenía un traje bueno, negro, con rayitas finas y enormemente ancho de espaldas, que usaba los domingos, días de fiesta y en el cumpleaños de Loella.

Cuando llovía estaba cubierto con una gran tela negra plastificada y lo menos que se puede decir es que le daba un aspecto terrorífico. Si soplaba el viento y empujaba el impermeable, parecía un fantasma negro, amenazador, capaz de poner los pelos de punta al más pintado.

Al pasar por allí, Fredrik Olsson ponía el correo de Loella en uno de los bolsillos de Papá Pelerín. Y si las cartas eran pocas y llegaban muy de tarde en tarde, como solía suceder, Loella igual encontraba algo en el bolsillo: una bolsita de caramelos o una pastilla de chicle. Porque Fredrik Olsson había descubierto, nadie sabe cómo, la gran debilidad de Loella por el chicle y los dulces.

A cambio, ella le guardaba los sellos de las cartas de su madre, que podían ser de cualquier país, y los ponía en el bolsillo de Papá Pelerín. Porque Loella se había enterado —tampoco se sabía cómo— que Fredrik Olsson coleccionaba sellos de países extranjeros.

Aunque había más de una legua entre sus dos cabañas, eran los vecinos más próximos. Buenos vecinos. Cada uno

era el amigo invisible del otro.

Pocos días después de la última visita de tía Adina, Loella recibió una carta. Desde bastante lejos vio el gran sobre marrón asomando por el bolsillo de Papá Pelerín. Con el corazón palpitando fuertemente, corrió a buscarla.

¡Era de mamá! Y con matasellos de Gotenburgo. Eso quería decir que estaba cerca de casa.

Loella abrió el sobre y de él cayó un pañuelo de seda grande, cuadrado, con dibujos de bonitos colores sobre fondo rojo. Debajo de cada dibujo ponía Londres, París, Nueva York, Madrid, Berlín, Roma. Era precioso. No podía dar crédito a sus ojos. ¿Mamá se habría hecho rica?

Leyó de prisa la carta. Era larga, como todas las de mamá. Había tanto que leer... Sus ojos volaron sobre las líneas... buscando... preguntándose si... Hablaba del mar y del tiempo y de los sitios donde había estado en los últimos meses. Había cambiado de barco en Londres; el nuevo barco era más pequeño, pero el capitán era mejor. El pañuelo lo había comprado en Amsterdam; también los había azules, pero ella había preferido el rojo. Habían tenido una tormenta que había durado cuatro días en el Mar del Norte, el barco se movía muchísimo, pero por suerte no había pasado nada malo...

Los ojos de Loella volaban sobre las páginas...

De arriba abajo; ansiosa; pero no decía nada de cuándo vendría. Se puso de mal humor leyendo, ausente; los pensamientos se amontonaban en su cabeza. Mamá decía tantas cosas sin importancia... Ah, sí, ahí debe estar... Y efectivamente, en la última página encontró la información que buscaba.

... Como ves, ahora estamos en nuestro viejo Gotenburgo, y todo está más o menos igual que siempre, me parece, y como recordarás ya hace bastante tiempo que no había pasado por aquí en los últimos viajes con el capitán